

INTEGRATIVE PROCESS: FOLLETTIAN THINKING FROM ONTOLOGY TO ADMINISTRATION

Margaret Stout y Jeannine M. Love, Anoka, Process Century Press, 2015, 358 páginas.

Desde la tónica sentencia de Peter Drucker, que la calificara de “profeta del management”, Mary Parker Follett (1868-1933) se ha convertido en referencia obligada en el estudio de la organización política y la administración pública y privada de nuestro tiempo. Decir que Follett fue una pionera de la indagación constructiva y holística de la vida social, y que asumiendo una perspectiva teórica de proceso propuso una ontología relacional para comprenderla y contribuir a su mejoramiento implica también decir que fue controvertida, incomprendida y desconsiderada por los practicantes de la ortodoxia dominante en el campo. Su muerte, en tiempos de singular conflictividad, abonó un inmerecido silencio en torno a su obra.

Contrariando esas formas de maltrato intelectual, Margaret Stout y Jeaninne Love acaban de publicar un libro muy preciso. Para quienes se acercan por primera vez a la obra de Follett, el estudio de Stout y Love garantiza un acceso ordenado, sistemático y claro a sus ideas centrales, además de contextualizar su producción en la historia que le fue dado vivir y protagonizar. Pero la respetuosa e inteligente revisión del pensamiento de Follett no es el único mérito de este libro. Una celebración de sus ideas implica también una actualización de sus propósitos, y Stout y Love no defraudan al sugerirnos la relevancia del pensamiento y la acción

de Follett en nuestros días, en congruencia con la condición del mundo actual.

Si repensamos la época en la cual Follett alcanzó el vigor intelectual que la caracterizó, podemos advertir que la nota saliente de su tiempo son los conflictos aparentemente irreductibles entre el desarrollo de las fuerzas colectivas y el sufrimiento personal: el frenesí del capitalismo liberal, la promesa naciente del socialismo, la expoliación colonial de las potencias sobre naciones inermes, los horrores de la guerra y la crisis financiera que abrió el abismo de la gran depresión previa a la segunda gran guerra del siglo XX. Las coordenadas del debate intelectual acerca del presente y el porvenir las proveían, básicamente, distintas formas del positivismo y la dialéctica, y en ese marco también las voces críticas comenzaban a hacerse oír.

En ese contexto, aún era posible moverse en el campo de la filosofía y la práctica política, así como en el entramado de los asuntos de gobierno y gestión pública, según la calificación que daba la razón, a través de un intercambio honesto y fructífero de aportaciones entre autores que se respetaban, especialmente en sus disidencias. Recordemos que su sola condición de mujer le impidió a Mary Parker Follett doctorarse, pese a ser graduada *summa cum laude* en ciencia política. Aun así, ella opuso a la frustración intervenciones prácticas concretas y gran compromiso con la democracia. Cuando la cultura política dominante y la teoría organizacional asociada a ella destacaba la inevitabilidad del conflicto de intereses en el mundo de la industria y el empleo, entre trabajadores y patrones, así como a nivel global entre estados expansivos y resentidos, ella argumentaba

con persuasión aún mayor —que no es desear o aferrarse a una ilusión insostenible— a favor de una comprensión trascendente de las oposiciones y el abordaje constructivo de los conflictos, a favor de la solidaridad entre las personas y los pueblos. La voz que resonó en discusiones académicas en los claustros de Harvard u Oxford, a través de obras como *El nuevo Estado* (1918) o *Experiencia creativa* (1924), fue la misma a la cual prestaron atención los propulsores de la Sociedad de las Naciones, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) o el propio presidente Franklin Roosevelt.

La obra de Stout y Love no solamente redescubre la vida y la obra de Follett, sino que proyecta sus contribuciones en el horizonte interpretativo de nuestros propios dilemas políticos y organizativos. Si Follett vivió un tiempo crítico y en varios frentes desesperanzador, no menos amenazante es el nuestro, especialmente cuando advertimos la notoria escasez de argumentos originales y recapitulaciones lúcidas del entrecruzamiento de biografía e historia —según nos reclamaba Wright Mills— para una respuesta imaginativa sugerente, que es más que dar razón y esperanza frente a los desgarradores reclamos de la vida social. La lista corta de este drama podría incluir el colapso de enormes sistemas políticos y económicos, la degradación del planeta y el incremento ajunto de la miseria global, la lucha desigual contra los flagelos de la guerra, el narcotráfico, la trata y explotación de personas vulnerables, el incremento insultante de la desigualdad y la inequidad. El desconcierto y la angustia siempre hicieron que volviéramos la mirada a fuentes de inspiración insobornables, a modo de búsqueda ansiosa de

buenas nuevas. En tal disposición es bueno recordar el consejo de Unamuno, que a quienes buscaban novedades les recomendaba leer a los clásicos. De las páginas del libro de Stout y Love emerge nítidamente la contextura clásica de Follett, y nos ayuda a reconocer la necesidad de reinterpretarla en nuestro propio tiempo.

Los presupuestos ontológicos de las teorías integradoras y las perspectivas de proceso, hoy reconocidas epistemológica y metodológicamente, tuvieron en Follett su formulación original. Stout y Love pasan revista a las nociones que fundamentan el análisis que aportó aquella gran innovadora: el holismo en la unidad de la experiencia como coherencia auto-generada; la opción por la dinámica del “convertirse”, opuesto al postulado estático de “ser”; el abordaje de toda realidad como relacional; el entendimiento del proceso creativo como co-creación, acorde a las influencias recíprocas entre los factores presentes en el despliegue de toda situación. Pero Stout y Love no se detienen aquí. Su libro reinterpreta la epistemología en Follett, su concepción de la ética, de la teoría política, económica y administrativa, y en cada uno de estos campos vuelve a sorprendernos la originalidad y vitalidad de la obra evocada.

La crítica del realismo positivista, soporte ideológico de las grandes construcciones que la Modernidad legó al siglo XX (v.g., el Estado administrativo y la organización burocrática, el método científico, la objetivación de los hechos, la masificación y fragmentación de la vida social y las conductas, el sometimiento a las jerarquías) tuvo en Follett a una de sus voces más resonantes. Nadie antes que

ella fijó con la misma claridad principios para comprender la dinámica del mundo social, sus prácticas organizacionales y sus políticas institucionales, como “proceso integrativo” y no ya como colección de objetos y vínculos entre ellos. Quienes compartimos esta persuasión

e intentamos continuar y profundizar la vía constructiva, discursiva y pragmática quedamos agradecidos a quienes, como Margaret Stout y Jeannine Love, nos facilitan la relectura siempre original y efectiva de Mary Parker Follett una vez más.

Ricardo Schmukler